



COLUMNA CULTURAL

por CARLOS RUÍZ ZALDÍVAR

Lo conocí en la Sociedad de Escritores, en Santiago, en 1953. Después, a los dos años, cuando apareció la primera edición de "Tomancito Noche de Aconcagua", me lo presentó en San Felipe, Roque Castro y NL, entonces le dije: "A este negro ya lo conoce, escritor. Ha poeta y creo que va a llegar."

Nicomedes Guzmán, antofagastino, nacido en 1914, era un hombre del pueblo, autodidacta, proveniente de una familia muy humilde. Desde niño aprendió a conocer el sufrimiento de los desposeídos, los trágicos destinos sociales, la miseria de los suburbios. Esas vivencias de su infancia fueron el verdadero burla en donde forjó su alma de escritor, de gran escritor, que llegó a alzarse como el novelista social más grande de las otras americanas contemporáneas.

De lo que dejó, no todas las generaciones nuevas conocen. Los Homajes Oscuros, La Sangre y la Rapa, ramos, La Luz Viene del Mar, Una Perla y Algunos Vagabundos y mucho menos su Autobiografía de Chile y su poemario de juventud Las Ombías y el Sueño.

Lo vi muchas veces y lo aprendí a querer porque en él había todo un mundo de fuertes emociones en donde se recogían los relatos de su legendaria vida contada por él mismo. Lo conocí moedón y fuerte, de abundante cabellera, con su botina vasca en los inviernos y su infalible pipa. Lo conocí con la gente de "Los Indulgentes" de Rancagua, al lado de Raúl González Labbé, Félix Miranda Salas, Gonzalo Drago y otros, en "Los Afines", de San Fernando, con Enrique Neumann, Vargas Padilla y Fernando Colla. Lo traje a San Felipe muchas veces. Era behemín y charlador impetuoso. Nos hablaba con entusiasmo de sus proyectos, de sus novelas y cuentos futuros. A este Nicomedes le gustaba la buena mesa

y el buen vino. Después se discutió y se fue por los senderos oscuros del alcohol. Algo muy grande le seguía, su alma en sufrimiento para dejar llevar así por estas pendencias.

Todos los años, cuando hacía mis exposiciones en la Sala del Banco de Chile, Nicomedes era amigo puesto todos los días en el salón. Habíamos con Mario Ferrero, Juan Florit Irujo, Alvaro, Hardy Wislaba, Arturo Sanluis, a tomar unas copas al Montañas. Me escribía semblanzas con cariño en diarios y revistas, tanto por mis poemarios como por mi obra pictórica. Le agradaba el paisaje pero le gustaban mucho más sus rancherías viejas y derruidas de Aconcagua que pisó a montones después del terremoto de 1965.

Cuando Nicomedes Guzmán ya estaba muy enfermo, tenía que pedirle a los amigos para sus recetas, ricas o para comer. Le hacía con dignidad y él sabía a quién le pedía. Iba a la Empresa Editora Zig-Zag, que le publicó por cientos sus volúmenes y lo canceló por centavos sus legítimos derechos. Un día, ya muy grave, se arrastró del Hospital Trueta de Santiago, tomó como pudo un bus y se vino a San Felipe. Cuando se abrió la puerta era un espectro, metido en su abrigo café y en su botina que le nadaba en su cabeza día, minutos, como si se hubiera jibarizado. No comía nada. Sólo tomaba mates, cuando el médico le tenía prohibido todo vestigio de alcohol. Evidentemente, se estaba farreando los destellos de su atormentada vida. Lloré en mis brazos y me contó sus cosas. Pidió un anticipo en Zig-Zag por los originales de una novela que se titularía "Los doce ruses del año" (no conozco que se haya publicado y no sé si estos originales están aún en manos de su hijo, que es periodista y que firmaba en un tablón de ceros "Don Oscar") y le negaron todo. Los amigos lo ayudábamos.

Me cuento entre ellos sin ninguna vanidad, simplemente para destacar la semblanza de este gran escritor chileno que no supo de triunfos y se le reconoció después de muerto. De vivo, se le reconocía el mérito de sus fatigosos sociales en sus novelas y cuentos; pero igual, año a año, se le negaba el Premio Nacional de Literatura, como se le negó a Luis Delgado y a Oscar Castro.

En un invierno de 1961 se nos fue Nicomedes. Lo vi horas antes en la Sala del Banco de Chile. Ya era un cadáver angelizado. Transpiraba y moraba. Con la periodista Gaby Gálvez le pagamos un taxi para que lo llevara a su casa y yo le di lo único que tenía para ayudarlo a una receta. Al otro día, muy de mañana, los diarios daban la noticia: "Esta madrugada murió Nicomedes Guzmán." A medio día se juntó en la sala de exposiciones una buena cantidad de escritores. Entre ellos recuerdo a Mario Ferrero a García Díaz, a Juvenio Valle, a Luis Mariño Reyes, y Efraín de la Fuente y otros que he olvidado. Tomamos un acuerdo: de juntarnos en la noche en la Casa del Escritor en donde se relatarían sus relatos y, desde luego, asistir a los funerales. En la noche corrí la exposición y me dirigí con Mario Ferrero a Simpson 7. Tenía "Don Nico" gran cantidad de flores que habían llegado de todas las poblaciones de Santiago, de los peripoleos, de conjuntos folklóricos del norte y del sur. Más, entre todos, se ofrecía una muy grande y hermosa de espinos rojos y blancos. Estaba a la cabecera del sarcófago y lucía una impresionante tarjeta que decía: "Empresa Editora Zig-Zag al más grande novelista social de Chile y de América." Nos miramos con Ferrero, nos mordimos de rabia y nos contamos los apuros de haber sacado a puntapiés aquella ofrenda floral del lado de los escritores.

Columna cultural [artículo] Carlos Ruíz Zaldívar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ruíz Zaldívar, Carlos, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Columna cultural [artículo] Carlos Ruíz Zaldívar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile